

Este era sin embargo el único medio de huida que le quedaba.

Dos niños esperaban en el primer coche con la cara pegada al vidrio. Abrieron la portezuela de este; el rey tomó la izquierda y la reina la derecha.

La duquesa de Nemours montó en el segundo.

Los cocheros azotaron sus caballos y los dos coches tomaron la dirección de Saint-Cloud.

—¡Ah! estais aquí, dijo uno á M. Cremieux, qué haceis?

—Acabo de poner á la magestad en coche, respondió.

Mientras el rey, la reina y la duquesa de Nemours huían por los muelles, y que la duquesa de Montpensier erraba perdida entre la multitud, madama la duquesa de Orleans esperaba noticias en medio de un pequeño grupo de fieles compuesto del general Gourgaud, de M. de Montguyon, del duque de Elchingen, del conde Vuillaumez, de M. de Boismillon y de M. Arsseline.

Desde la escena del almuerzo se hallaba separada del rey y de la reina.

Inmediatamente que el mariscal Gerard fué rechazado hasta el Carrousel, el pueblo se derramó en él.

Iria el rey apenas por la mitad del camino de las Tullerías, cuando el sonido de dos piezas de artillería se oyó y resonó la fusilería.

El Carrousel que estaba lleno de gente fué evacuado en un instante.

La duquesa de Orleans arrojó un grito.

—Pero si yo he oído al rey, dijo, dar la orden de que cesase el fuego.

—En efecto, se ha dado esta orden, respondió uno de los oficiales, pero se les habrá olvidado trasmitirla á los soldados del palacio.

—General, dijo la princesa á M. Gourgaud, vos que tenéis el uniforme de los oficiales de artillería, corred y dad orden á las baterías de que cesen.

El general Gourgaud corrió; apareció por un instante en el patio y dió la orden.

Las mechas de los artilleros fueron apagadas y los soldados de infantería descansaron las armas.

En este momento entró un hugier y dijo á la duquesa de Orleans.

—El rey y la reina han partido.

—¡Cómo partido!

—Sí; monseñor el conde de Paris es el rey y V. A. la regente.

—¿Y el rey no ha encontrado á otra persona mas que á vos para anunciarme semejante noticia?

El hugier se inclinó.

—M. de Boismillon, dijo la duquesa, id, corred, puede ser que encontréis todavía á alguno: es imposible que se me deje sola y con semejante responsabilidad.

M. de Boismillon obedeció; atravesó las piezas solitarias y volvió diciendo:

—Nadie, señora duquesa.

—¡Eh! ¡bien! dijo ella entonces, voy á sentarme con mis dos hijos en los brazos bajo el retrato de mi marido: los que vengan á buscarme para hacerme regente ó para matarme, me encontrarán allí.

Al ir á retirarse entró M. Dupin.

—¡Ah! señor, dijo arrojándose á él, ¿qué venis á anunciarme? ¿Qué será lo que vais á decirme?

—Os diré, señora, que tal vez vais á ser llamada para representar el papel de María Teresa.

—Disponed de mí, señor, mi vida pertenece á la Francia y á mis hijos.

—Entonces partamos, partamos presto: no hay tiempo que perder.

—Partir. . . . ¿y adonde?

—A la cámara.

—Ya os sigo: venid, señores.

Estas palabras se dirigian al débil grupo de fieles que hemos descrito arriba.

En este momento entró el duque de Nemours. Se habia quedado para acompañar á su cuñada, y renunciar en su favor los poderes de regente.

El acompañamiento se puso en marcha.

Al salir por el pabellon del Horloge, el pueblo entraba por la reja del Carrousel y por los portillos que dan á los muelles y á la calle de Rivoli.

La duquesa de Orleans llevaba al conde de Paris de la mano; un ayuda de campo llevaba al duque de Chartres.

Un criado, llamado Hubert, los seguia á algunos pasos.

En medio del puente de la Concordia cayó el conde de Paris: no habian tenido tiempo para amarrarle los cordones de sus zapatos y uno de ellos iba todo jugándosele. Se levantó el niño; no se habia hecho ningun mal.

Esto no era un accidente; era aun peor, un presagio.

Mientras la duquesa de Orleans entra en la cámara, echemos una ojeada sobre lo que pasa en Château-d'Eau y lo que va á pasar en las Tullerías.

Hemos visto á M. de Girardin venir sin suceso á la plaza del Palacio Real: hemos visto al general Lamoricière rechazado de la calle de Saint-Honoré; y hemos visto tambien al mariscal Gerard que ha sido conducido al Carrousel.

El centro de esta triple resistencia estaba en la plaza del Palacio Real. Allí era donde el trono hacia estremecer aun á Paris con las últimas convulsiones de su agonía; era allí donde el volcan popular arrojaba sus últimas llamas.

El gobierno de Luis Felipe habia hecho fortificar con gran cuidado el Château-d'Eau: comprendia que esto era, en términos de fortificacion, una de las obras avanzadas de las Tullerías. Las puertas no podian ser tiradas sino por el cañon ó por el pueblo, estas dos fuerzas que todo lo destruyen.

Allí duró el combate cerca de cinco horas.

El pueblo se habia apoderado del Palacio Real y hacia fuego desde sus ventanas; habia tomado las barricadas y hacia fuego tras de ellas.

¡Cuántas maldiciones no fueron pronunciadas! ¡Cuántas promesas de venganza no fueron hechas durante estas cinco horas!

En medio de esas balas que se cruzan y silban, rodeadas de esa llama que brota de todas las ventanas, una jóven va á buscar los heridos, los lleva á su casa y los cura. Creeríase que no es de este mundo, ó cuando menos, que es invulnerable.

Este ángel del campo de batalla del que los Escandinavos habrian hecho una cuarta Valquivia, es la Srta. Lopez, artista del Odeon.

Mientras los muros del Château-d'Eau se despostillan por las balas, mientras el suelo de la plaza se pone tinto de sangre, se forzan las caballerizas del rey y se queman en la plaza del Carrousel los carruages de la corte.

Repentinamente resuena el grito de

—¡Fuego! ¡fuego en Château-d'Eau! El pueblo, con esa rapidez de intencion que solo á él es peculiar, comprende que acaba de encontrar el solo auxiliar que puede hacerle vencedor: tira de los carruages inflamados, los empuja, los arrastra, sale con ellos á la plaza del Palacio Real y los reúne al derredor del bastion. Echan un tonel de agua-ardiente en medio de este cráter, arrojan los muebles por las ventanas del castillo Egalité, levántase una hoguera, la llama se aumenta, el viento la azota contra las paredes, se pega á todo aquello que su furia puede morder, se encarniza en las ventanas y puertas, hace tizones la madera, pone rojo el fierro y victoriosa, rugiente y mortal, penetra por todas las aberturas: los fusilazos van cesando poco á poco: el incendio ha matado la fusilería.

Toda la historia que acabamos de contar, está escrita sobre la fachada ennegrecida por el humo y acribillada por

las balas. Id á ver esta página de piedra y podreis entonces comprender lo que fué la lucha.

Pero ha concluido ya; la multitud se dirige á las Tullerías; mas llega muy tarde, hace dos horas que han sido tomadas.

Por lo demas, el minuto, el segundo en que ha sido tomado el castillo se hace constar:

Un dedo poderoso ha detenido el tiempo: un hombre del pueblo ha subido al relox y ha roto el péndulo.

Y el péndulo impasible é inexorable ha marcado la hora de la victoria del pueblo, la caída de la monarquía.

ES LA UNA Y MEDIA.

Mientras el duque de Nemours, la duquesa de Orleans, los jóvenes príncipes, los ayudados de campo y los secretarios salian por el pabellon de en medio, el pueblo, como hemos dicho, entraba por la reja, por los muelles y por la calle de Rivoli.

Se abalanzó sobre el castillo.

Despues del 10 de Agosto de 1792, será la tercera vez que tome, volcando el trono, esta fortaleza que le sirve de abrigo.

Dos veces el trono ha vuelto á quitársela.

El número tres es cabalístico y sagrado: esta vez le quedará ya para siempre.

Pero mientras el pueblo pasa como un torrente, como un incendio, como una lava, los cristales, vasos de china, muebles de Boule, mesas incrustradas de marfil ó ágata, todo perece en sus manos; todo, escepto los cuadros, *que no podrá volver á hacer.*

El mismo es quien ha dicho estas palabras ¡sublime confesion de infortunio! ¡reconocimiento sublime del ingenio!

Repentinamente se oye una descarga.

Un busto de Luis Felipe vuela en pedazos á la fuerza de mas de veinte balas; el rey juzgado por contumacia, acaba de ser ejecutado en efigie.

¿En dónde será donde se destruya este torrente? ¿Dónde encontrará esta lava un obstáculo? ¿Dónde podrá apagarse este incendio?

Delante de un recuerdo.

Delante de la habitacion del príncipe que amó; á la puerta de la recámara del duque de Orleans.

Allí viene á morir la oleada que por todas partes azota las paredes, rauda se esparce, rompe, cava, pulveriza.

¡Ah! nosotros nos engañamos hay todavía una cosa que se respeta: el oro, las alhajas, los diamantes.

Dos hombres andrajosos montan la guardia delante de los millones, mientras otros hombres andrajosos arrojan el trono por las ventanas.

He aquí lo que pasa en la cámara durante esta hora de tantos sucesos.

A medio dia se reunieron los diputados.

Diez minutos despues de abierta la cámara se presentó M. Thiers.

Llevaba su sombrero en la mano y su rostro estaba descompuesto.

—Y bien, le gritan por todas partes, ¿sois ministro?

—La marea sube, sube y sube, dijo él alzando su sombrero sobre todas las cabezas.

En efecto, la marea subia, la oleada popular debia, al concluir el dia, cubrir muchas frentes, sobrepasar muchas cabezas.

Se busca por todas partes á M. Barrot.

M. Barrot no se hallaba en el salon.

Muchas personas le habian visto, por la mañana á caballo, á las once en coche, á las doce á pié.

A esta hora parecia fatigadísimo y sobre todo muy desanimado: habia tragado los últimos asientos de su popularidad.

M. Carlos Laffitte sube á la tribuna y pide que la cámara se constituya en permanente hasta el fin de los sucesos.

Esta proposición se vota por medio de aclamaciones.

Un oficial se acerca al presidente y le habla al oído.

—Señores, dijo éste, acaba de anunciármese que madama la duquesa de Orleans va á entrar en la cámara.

Dos huyeres se dan prisa en poner un sillón bajo la tribuna y á sus lados dos sillas.

Se abrió repentinamente la puerta de la cámara y la duquesa se encuentra delante del presidente; bajó la suave pendiente que conduce de esta puerta á la tribuna y va á sentarse al sillón acompañada de sus dos hijos que lo hacen en las otras dos sillas.

Una pequeña escolta compuesta del duque de Nemours, con uniforme de general, y de algunos ayudados de campo y otros soldados de la guardia nacional la acompaña.

Hay un gran silencio en la cámara: es el silencio del que espera, el silencio de la inquietud.

Nadie pide la palabra.

Al fin M. Lacrosse se levanta.

—M. Dupin, dijo, hablad, hablad pues; mirad que conducis al conde de Paris á la Cámara.

—Yo no he pedido la palabra.

—¡Nada importa! nada importa! el tiempo urge y es menester que sepamos á que atenernos! gritan por todas partes ¡á la tribuna! á la tribuna!

M. Dupin, levantado, por decirlo así, por una fuerza moral, sube á la tribuna.

—Señores, dijo, conocéis bastante bien la situación de la capital y habeis visto los manifiestos que se han hecho; ellos han dado por resultado la abdicación de S. M. Luis Felipe, el que ha declarado al dejar el poder, que le dejaba su libre trasmisión al conde de Paris siendo regente la duquesa de Orleans.

Son acogidas estas palabras con aclamaciones y gritan por todas partes:

¡Viva el rey! viva el conde de Paris! viva la Regente!

Baja de la tribuna M. Dupin y llaman á M. Odilon-Barrot; lo buscan por todas partes pero no está aun en el salón.

—Pido, dijo M. Dupin desde su lugar, que mientras llega la acta de abdicación, que probablemente traerá M. Barrot, sean inscritas, en forma de proceso verbal, todas las aclamaciones que se han hecho aquí saludando al conde de Paris como á rey de Francia, y á la Señora duquesa de Orleans como regente: todo con la garantía del voto nacional.

—Señores, respondió el presidente, páreceme que la Cámara por medio de sus unánimes aclamaciones. . . .

M. Sauzet, que parecia indicar iba á jugar con artificio como lo habia hecho en 1830, no concluyó, pues se levantaron protestas de los estremos de la Cámara, y sobre todo, de las galerías. Se abren repentinamente las puertas; los guardias nacionales que las han roto entran y rechazan á los huyeres.

La oleada que parecia iba á anegar todo, se detiene, sin embargo, á la vista de la duquesa de Orleans y de sus dos hijos.

Entonces se cambian mil preguntas entre el duque de Nemours y el pueblo, y por fin este se retira hasta el pié de las escaleras de las galerías.

En este momento M. Manuel Arago codea á M. Marie, diciéndole:

—Vamos, habla, habla pues.

A la verdad era el momento de hablar; el instante es supremo; el segundo que va á pasar, traerá la corona sobre la cabeza del hijo de Luis Felipe ó va á robársela para siempre y llevarle, no tan solo lejos de la dinastía, sino de toda la Francia.

M. Marie corre, en efecto, á la tribuna, pide en vano un momento de silencio, no puede obtenerlo y da un paso atrás.

Entonces M. Lamartine se levanta, tiende la mano y con solo esto obtiene lo que M. Marie no pudo conseguir.

—Pido, dijo, pido al señor presidente que suspenda la se-

sion; lo hago por dos motivos: primero por el respeto que nos inspira la representacion nacional, y segundo por la presencia de la augusta princesa que tenemos delante.

Se oyen diversos gritos de ¡no! no! no! sí!

—La cámara va á suspender su sesion, dijo el presidente, hasta que la señora duquesa de Orleans y el nuevo rey se hayan retirado.

El duque de Nemours y muchos diputados se acercan á la princesa.

Es fácil inferirse que insisten en que la princesa deje la cámara, pero ella rehusa porque comprende que si se aleja todo se ha perdido para ella y para su hijo.

—La señora duquesa de Orleans, dice M. Lherbette, desea quedarse.

M. Marie está todavía en la tribuna, la duquesa de Orleans y sus hijos están todavía en el hemiciclo pero con la diferencia de que ahora están parados.

M. Marie logra conseguir un momento de silencio.

—Señores, dice, en la situacion en que se encuentra París, está en nuestro deber y lo pide la necesidad, el que se tomen medidas que obren con autoridad en la poblacion.

Desde esta mañana el mal está haciendo inmensos progresos ¿qué partido debemos tomar? La duquesa de Orleans ha sido nombrada regente pero hay una ley que nombra al señor duque de Nemours y no podeis ponerlos á hacer ahora una ley.

Lo que podemos hacer mejor es nombrar un gobierno provisional, no para que dé instituciones sino para que obre con las dos cámaras para satisfacer el voto del pais.

Mil aclamaciones acojen estas palabras; pero al mismo tiempo hacen estremecer á la duquesa de Orleans que comprende que no tan solo no se sostiene ya su regencia, sino que se la ataca.

M. Crenier sube á la tribuna sin que haya bajado M. Marie, y colocándose á su lado pronuncia estas palabras:

—Está en el interes de la salud pública el que se tome una medida; importa que todo el mundo esté de acuerdo en la proclamacion de un príncipe, y el que se proporcionen al pueblo garantias verdaderas. No hagamos lo que hicimos en 1830, pues veis que lo comenzado entonces ha sido menester concluirlo en 1848. . . .

Los aplausos le interrumpieron.

—Instituyamos un gobierno provisional, no para que arregle el porvenir sino para que restablezca el orden en el presente.

Respeto muchísimo á la señora duquesa de Orleans y acabo ahora mismo de conducir á la familia real al coche que la conduce, la poblacion parisiense ha mostrado tambien un grande respeto al rey, pero nosotros que hemos sido enviados aquí para hacer leyes, no podemos violarlas. Ahora bien, una ley dispone de la regencia, y no estoy porque se abrogue en este momento.

Creedme, ya que hemos llegado á sufrir una revolucion cuando tan solo queriamos un simple cambio de política, sepamos aprovechar los acontecimientos, no dejemos á nuestros hijos la tarea de renovar esta revolucion. Pido la institucion de un gobierno provisional, y propongo que sea compuesto de cinco ministros.

—¡Adoptado! ¡adoptado! gritan por todas partes.

Al estar en esto apareció M. Odilon Barrot.

Todas las miradas se vuelven á él y las de la duquesa de Orleans mas que ningunas otras. Este hombre á quien el rey ha mirado tanto tiempo como á su enemigo, es la última esperanza de la regencia.

M. Odilon Barrot se dirige hácia la tribuna: está abatido; parece que comprende que ya no es simpático á aquellas masas que invaden la cámara. El pueblo de Febrero no es ya para él lo que era el pueblo de Julio; un sentimiento instintivo le revela que su popularidad ha caido.

Lleva en las manos la abdicacion de un rey cuyo pueblo

ha roto violentamente el trono, y lleva á un niño una corona arrancada por la fuerza de la cabeza de un anciano.

Teme, duda.

M. de Genoude se le ha adelantado á la tribuna: se pide la palabra para M. Barrot, pero éste pide con una señal que se escuche á su colega. Tomará algunas inspiraciones del discurso de éste y tendrá al menos tiempo para reponerse.

M. de Genoude exige el concurso del pueblo.

—Se ha descuidado, dice, se ha echado en olvido este principio en 183 y ved hoy lo que nos sucede.

M. Odilon Barrot toma la palabra, un silencio religioso se difunde como por encanto.

—Jamás, dijo, hemos tenido necesidad de mas patriotismo y sangre fria que al presente.

Podemos todos unirnos bajo un mismo sentimiento; el de salvar nuestro pais del mas horrible de los azotes: de la guerra civil.

Las naciones no mueren, tan solo se debilitan por las disensiones intestinas, y nunca la Francia ha necesitado mas que ahora de todas sus fuerzas vivas y del concurso de todos sus hijos.

Nuestro deber está ya señalado, tiene felizmente esa sencillez que seduce á una nacion, pues se dirige á su valor y honor. La corona de Julio reposa en las cabezas de un niño y una mujer.

Los aplausos del centro interrumpen á M. Barrot. A esta señal de simpatía la duquesa se levanta y saluda, y volviéndose al joven príncipe le dice algunas palabras, al cabo de las cuales éste se levanta y saluda tambien.

M. Ledrú-Rollin pide la palabra.

M. Barrot continúa:

—Yo hablo en nombre del pais y de la verdadera libertad, y ya veis cual es mi opinion que no me hubiera atrevido á indicar en otra situación.

M. de La Rochejacquelein, que hacia algun tiempo espera-

ba nomas que concluyese M. Barrot para seguir él, sube á la tribuna sin que se le oponga la mas mínima resistencia.

M. Barrot baja de aquella tribuna á la que habia subido tantas veces inútilmente para defender, y á la que acaba de subir, tambien inútilmente, para atacar.

—Ninguno respeta mas que yo, dijo M. de La Rochejacquelein, ni nadie conoce tan profundamente la belleza de ciertas situaciones; no estoy yo hoy en mi primera prueba.

Señores, pertenece á todos aquellos que en el pasado han servido á los reyes, el hablar hoy del pais y del pueblo.

M. de La Rochejacquelein es interrumpido por señales de aprobacion.

—Hoy, continuó, alzando mas la voz, vosotros ya no sois nada aquí, nada, lo entendeis, nada, nada ya.

A estas palabras que terminan con tanta violencia su carrera política, los centros responden con furiosos gritos.

—Señor, dijo el presidente, dirigiéndose al orador, os separais del órden, yo os llamo á él.

—Permitid el que hable, responde M. de La Rochejacquelein.

En efecto, el orador va á continuar pero su ademan y su voz quedan tan solo en actitud.